



CAZA MAYOR.

LAS RONDAS.



Se le da el nombre de *Rondas* en Extremadura á la forma de cazar jabalíes de noche, á caballo, con perros y sin más armas que un buen cuchillo.

La caza de jabalíes en ronda es la caza más salvaje que se conoce en España, y puede decirse con muchísima justicia que se practica como pudiera hacerlo el hombre primitivo.

Es sumamente arriesgada por la infinidad de percances desagradables que pueden suceder al cazador, y en ella lo que menos importancia tiene, son las heridas que pueda sufrir de los jabalíes.

La ronda se hace de noche, y el buen éxito de la caza depende, muy principalmente, del silencio con que ésta se verifica.

Perros.

Los perros para rondar deben ser *buscas* y alanos. Se llaman *buscas* á los podencos, regalgos, sabuesos y mastines que se utilizan en estas cacerías, y aun cuando algunos de esta clase de perros salen muy buenos para esta forma de ca-

zar, el rey de los perros de la montería es siempre y será en la caza mayor el podenco. Valiente en la lucha, incansable para la fatiga, duro, obediente y ágil como una ardilla, noble y leal para su amor; reúne todas las buenas condiciones de un magnífico perro para la caza mayor.

Sólo tienen una desventaja estos perros, y consiste en que es muy raro el podenco que persigue y muerde la caza mayor con la insistencia debida, antes de la edad de dos años, y en que tardan mucho más en cebarse que un perro de cualquier otra raza, por su excesiva afición á los conejos; así es que el cazador que cría podencos, hasta los dos años puede asegurar que no tiene perros útiles para esta clase de caza, y aun de aquéllos tendrá que desechar algunos por no poderles desterrar la afición á conejear; pero el que consigue tener un podenco superior para ronda, no sabe lo que tiene; de ello pueden dar fé los maestros D. Pedro Castillo de la Roca y Don Eduardo Saavedra, de San Vicente de Alcántara, que ambos han rondado mucho con podencos tan excelentes, que sus nombres se celebran y se celebrarán muchísimos años entre los buenos cazadores. Los nombres de *Sandi*, *Cler*, *Lanceros* y *Montero* los tuvieron podencos de fama inolvidable.

Lo contrario sucede con los mastines, sabuesos y regalgos: son perros que están cebados en seguida, pero son de poca resistencia en la brega; los primeros, por su peso y pocos piés, y los últimos, porque en el monte pierden casi todo su poder, y el jabalí es casi siempre donde muere, en el monte ó á la entrada del monte. Los podencos resultan casi tan ligeros como los regalgos y son perros muy duros en la mancha y muerden con mucho más castigo; el diente del podenco no se iguala á nada.

Ante la dificultad que existe de adquirir podencos que no *llamen* de noche con los conejos, los rondadores crían perros de galgo y podenca, ó de galgo y mastina, y estas cruces dan buenos resultados para la ronda, siendo mucho mejores los primeros si se tiene cuidado de buscar un galgo pelicerdeño ó viceversa, á fin de obtener regalgos de pelo espeso, largo y basto, para defenderse en las noches de lluvia y frío, y más especialmente de las matas espinosas del monte, á las que huyen mucho casi todos los regalgos, que es uno de sus

defectos gravísimos, lo que no ocurre nunca con el podenco.

Además de éstos se llevan á las rondas alanos del país.

Los perros *bull-dog* no sirven, á pesar de lo que algunos creen; son demasiado ciegos mordiendo y se tiran á agarrar todo cuanto ven: perros, caballos, mantas, aparejos, cualquier cosa que se mueva. En buenos apuros me han puesto. Está probado que no sirve, ni ningún alano que tenga cruza de *bull-dog*. En cambio, alanos del país son muy buenos, y si se cruzan con los excelentes mallorquines, se obtienen unos alanos de mediana talla y muy ligeros, que es lo que para el caso se desea, y firmes en el agarre, porque de la ligereza de los alanos depende muchas veces el éxito de una buena ronda.

Caballos.

Como este género de caza se verifica á caballo, no sólo es conveniente, sino necesario, llevar buenos caballos y bien adiestrados. Con un caballo malo se expone el cazador constantemente á romperse el *alma*. Debe ser el caballo del rondador de pisar firme y seguro, sano, de mucho poder en brazos y piernas y obediente al bocado; pues corriendo entre encinas de noche, á veces ve el jinete el árbol cuando está encima de él, y si el caballo no es dócil de boca, se expone á romper la encina con la cabeza ó con el pecho, ó á que la encina le rompa á él cosa de cuidado.

También es conveniente que el caballo sea muy manso y que al dejarlo suelto no se escape, porque al llegar al *agarre* hay que desmontarse para matar el jabalí con el cuchillo, y á veces no se encuentra de noche sitio donde amarrarlo, suponiendo que hubiera tiempo para entretenerse en ello, y que no se anticipara otro cazador á matar la res mientras el primero andaba ocupado en la faena de amarrar el caballo.

Tampoco sirven los caballos fogosos, porque como hay que correr á obscuras, no se fijan por dónde van, mientras que un caballo tranquilo á la vez que galopa va fijándose en el suelo, en los malos pasos y en todo lo que advierte de noche con su vista perspicaz. El caballo ve mucho de noche, circunstancia que el cazador debe tener muy presente.

Si corriendo, trotando ó sin correr, ve que su caballo se para en firme, no debe correrle las espuelas, sino darle rien-

da suelta para que el noble bruto se entere, ó bajarse á ver el peligro que tiene delante. Si el cazador espolea al caballo, puede costarle muy cara la imprudencia, como á mí me ha sucedido.

Yo tengo para la caza mayor un animal que no se paga con ningún dinero; valiente, inteligente, sumiso; si corro una legua á pié á un agarre, de noche ó de día, tantos pasos como doy, otros tantos me sigue el caballo; no huye de las reses aun cuando las vea revolcarse á sus piés, y siempre está á mis espaldas; dé yo los pasos que dé, mi caballo no me abandona. Esto es lo que sirve y esto se consigue educándolo con paciencia, con cariño y con algunas golosinas.

Yo tuve otro caballo, que en cierta ocasión entré en el monte montado en él, buscando un jabalí que había herido D. Pedro Peña, de Cáceres; el animal se vino á mí y agarro á mi caballo por una mano. Mi noble bruto se quedó mirando al animal y muy quieto, pues me veía con la carabina echada á la cara apuntando al jabalí, y firme é inmóvil como un poste esperaba el disparo que le quitara al bicho de delante. No fué preciso que yo disparase, pues llegó mi jauría y avanzando sobre el jabalí le hicieron atender á otra parte; acto continuo me bajé y le hundí el cuchillo en el corazón. Esta acción de mi caballo me demostró más su inteligencia y lo convenientísimo que es tenerlos educados cariñosamente; y cito este episodio para que los cazadores lo tengan en cuenta. No debe educarse nunca pencos, por aquello de que los caballos buenos se estropean en el campo, toda vez que un penco nunca puede sacar al cazador de los peligros y fatigas que sobrevienen y que un buen caballo evita. Lo que sí debe hacerse es no foguear los caballos en el monte y especialmente en los quemados, y llevarlo siempre por estos terrenos con la rienda casi suelta y al paso, con objeto de que pise suavemente y ponga las patas de lleno.

Armas y útiles.

Para la ronda no deben llevarse otras armas que un buen cuchillo de monte. La escopeta estorba mucho para correr con el caballo, y como muchas veces se corre en el monte, es muy expuesto á perderla, y casi siempre á estropearla. Ade-

más, para nada sirve, como no sea para ahuyentar lobos, que muy rara vez se presentan.

El cuchillo debe ser corto y ancho, de doble filo y de punta muy aguda y cortante, fuerte y bien templado, porque la piel de los jabalíes tiene además de su dureza, una capa de barro y porquería pegada al cuerpo, y esto, unido á las cerdas y al escudo que tienen junto al codillo de rascarse en las encinas, hace que el mejor afilado cuchillo se niegue á penetrar, con lo cual coloca en un compromiso al cazador. Además, debe éste fijarse muy bien en la forma en que está montado el cuchillo, procurando que el puño llene la mano y que la espiga especialmente sea casi del ancho del cuchillo ó poco menos, para lo cual no debe ser el puño redondo, sino de forma ancha y aplastada como la de una navaja, por ser la espiga una prolongación de la hoja y tener dos cachas acopladas como los machetes de artillería.

Las espigas de los cuchillos que tienen puño redondo para poder colocarse en las escopetas, son sumamente endebles, y al dar al cochino la puñalada, el más pequeño movimiento de éste, parte siempre la espiga por el nacimiento de la hoja y queda el cazador desarmado; además, que el cuchillo es para usarse en la mano y nunca puesto en la escopeta, que á más de ser una cobardía lo que demuestra el cazador que quiere herir desde largo, produce siempre poca seguridad en el golpe y la rotura de la escopetas, y esto suponiendo que el lance sea de día, que de serlo de noche es de todo punto imposible usar el cuchillo armado en los cañones de la escopeta, ya que hay que usarlo en la mano y aun á veces resulta largo.

De todo cazador que habla de fijar el cuchillo en la escopeta, hay que desconfiar de su práctica, porque pocos bichos habrá matado en aquella forma, cuando tal habla.

Todo rondador debe llevar en su caballo un botiquín reducido, pero con todo lo necesario para una primera é improvisada cura, y nunca debe olvidar dos objetos muy indispensables, que son: un buen látigo de castigo y un manojo de cuerdas de cáñamo capaces de sujetar un toro. Con frecuencia en las rondas se agarran toros y vacas, y para soltarlas de los alanos, como no se aten antes á un árbol, es muy peligrosa la operación, porque por muy mansas que sean se vienen al cazador.

El cazador debe conducir también en su caballo ó en el del criado, además del pequeño botiquín, un martillo, tenazas y clavos de herrar y un par de herraduras de campaña. Esto nada ocupa y presta excelentes servicios. Todo ello construido expresamente, de las menores dimensiones y colocado á prevención. Además, deben llevar pinzas para sacar las jaras que se le clavan á los caballos, tijeras de pico largo para sondear y extraer alguna jara profunda, ó algodón fenicado estopa y aguarrás y en un estuche de bolsillo, de diez á doce agujas de punta lanceolada de cirujía, enebradas con hilo fuerte ó seda, para coser las puñaladas que reciben los perros de los jabalíes, y hacerles de este modo la primera cura, allí, sobre el terreno de la lucha.

II

Forma de cazar.

Lo primero que debe hacerse antes de salir á rondar es reconocer de día bien el terreno, *si puede ser*, y observar los sitios á donde acuden los jabalíes á comer. De no poder hacerse esto, conviene averiguar de los guardas y pastores las salidas de estos animales. Una vez conocidos, se proyecta y señala la ronda, sitio por donde debe empezar y donde debe terminar, y se debe dar aviso á todos los pastores, ganaderos y labradores, para que encierren aquella noche sus ganados y caballerías, pues los perros, una vez sueltos de noche, si no están bien educados ó hay alguno nuevo en la recova, nada respetan, y estos lances son muy peligrosos con las vacas y toros, además de costar el dinero; los daños se pagan muchas veces con un recargo de consideración.

Después de señalado el terreno y estar avisado todo el mundo, se observa de donde sopla el aire, teniendo en cuenta, si puede ser, de donde sopló la noche anterior, porque una vez empezada la ronda, si llega el aire á cambiar, lo mejor es irse á dormir al cortijo, que como no se tenga el aire de cara en firme ó á medio aire lo menos, seguir cazando es perder el tiempo.

El jabalí es el animal más sentido y más listo que anda de noche por el campo (exceptuando al lobo), y sus narices siempre al aire y su oído sutil le señalan el peligro: una sola piedra que rueda, una mata que suene al quebrarse, ya lo tiene alerta y dispuesto á la huida.

Si siente la voz ó el ruido del hombre, ó las pisadas ó el relincho de un caballo, se pone en precipitada fuga, sea cual fuere su valentía: pero si el ruido lo han producido lobos ú otros animales y el aire se los señala, sigue tranquilamente comiendo, ó su marcha, porque al jabalí solitario adulto le tiene sin cuidado esta vecindad.

Si son una piara de hembras, huyen al menor ruido, y mucho más si es producido por lobos, que les comen sus hijuelos.

Me consta por un testigo presencial, que casualmente estaba á la espera en una fuente, que oyó en la sierra próxima un ruido gradísimo, con bufidos y grandes carreras. Como era de noche nada pudo ver, pero no dejó de tenerle con cuidado aquel estropicio tan próximo, sin saber qué lo producía. No pude averiguar claramente si este cazador tuvo valor para esperar el término de aquel combate, porque al referirlo parecía demostrar que anduvo el miedo por medio, pero sí me manifestó que al siguiente día fué al terreno del misterio y encontró uno ó dos lobos muertos á cuchilladas de jabalí y varios rastros de sangre que denotaban la huida de otros heridos, y en el terreno marcadas claramente las huellas de varios lobos y la de un buen jabalí, que se marchó victorioso, según indicaba la pista. Sería un lance bonito, presenciar la acometida de una partida de lobos á un jabalí de esos macarenos; la victoria siempre sería del último, en la mayoría de los casos, pues pudiera citar algunos, en que á jabalíes de tres y cuatro años los han matado los lobos.

Yo opino que no sucedería esto con *solitarios* adultos de seis ú ocho años en adelante.

En cambio á las hembras, cuando los guarros son pequeños, les ocasionan muchas bajas los lobos y los zorros, lo mismo en la zahurda que en pastoría.

Cuando los guarros son grandes, se unen las hembras con sus hijos á la piara. En estos casos defienden bien sus hijuelos; al ser acometidos por los lobos forman un círculo de ho-

cicos y colmillos que no son siempre capaces de romper; en primera fila se sitúan las hembras y jabalíes de dos y tres años; este cuadro á veces no pueden romperlo, pero una vez desbandada la partida, son perdidos los más pequeños.

Ningún cazador debe dar de comer á sus perros antes de empezar la ronda; si tal hace, le aseguro aquella noche un fracaso.

El perro de ronda así como el de montería, debe alimentarse al regreso del trabajo, nunca á la salida ni pocas horas antes.

Es muy conveniente llevar, además de los podencos y alanos, algunos mastines, porque ocurre, especialmente en las rondas de invierno, que á veces se ven los rondadores rodeados de lobos, los que si bien no constituyen peligro para los cazadores que los ahuyentan momentáneamente al acometerles con un caballo, tardan poco en volver, y atemorizan de tal modo á los podencos y demás perros, que no salen de entre las patas de los caballos ni pueden cazar, y si algún desgraciado sale, puede volver con algún girón en el pellejo, si vuelve.

Llevando algunos mastines, éstos acometen valerosamente á los lobos y no es preciso más para cargar toda la recova: desgraciado del lobo que haga frente á un mastín, porque alcanzado por la recova, será apresado por los alanos y destrozado por los demás perros.

Es cosa rara lo que pasa entre lobos y alanos: estos últimos miran con indiferencia á los lobos si no son atacados por un podenco ó mastín; pero en este caso los apresan como apresarían al animal más fiero del mundo sin cuidarse del peligro. Lo que necesitan es, que otro perro cualquiera *llame de parada* ó ladre; entonces el alano, sin tener en cuenta lo que es, arremete y apresa, porque entiende que esta es su única obligación. No obstante, se obtienen alanos tan bien educados, que no apresan sino caza mayor y cuando hay llamadas á toros, yeguas, cerdos ú otros animales domésticos, se vuelven á los caballos; pero de estos hay muy pocos.

Ya se han matado á cuchillo lobos apresados por los alanos; pero ha sido porque los mastines han *llamado* con ellos: por esto y por evitar que una ronda se eche á perder, es por lo que se deben llevar algunos mastines.

No todos los perros sirven para esta clase de caza.

Aquellos que laten por el rastro de un jabalí ó que relaten el latido de los demás perros que siguen el rastro, no sirven porque espantan la caza; el jabalí que oye el ladrido del perro á cierta distancia, no deja nunca de huir y pocas veces se logra alcanzar. El perro debe perseguir en silencio y ladrar únicamente cuando muerde al jabalí. Estos son los perros que lo dan á matar.

No sirven de modo alguno los que se relaten, porque muchas veces laten por distinto sitio de aquel por donde va el jabalí, y distrae á los alanos que acuden á los falsos ladridos de un perro que solo ladra, ó bien porque pasó por allí el marraño, ó bien porque ladra al oír ladrar á otros que están en la faena cumpliendo bien con su deber. Esto, es grave mal, no sólo porque se hace acudir al alano inútilmente, sino porque da pesada carrera que le priva de acudir á la verdadera llamada que llevan los perros buenos y que es á donde hace falta. Por esto, si en las rondas se quiere obtener buen resultado, únicamente deben llevarse perros que sólo laten ó ladren cuando estén encima del jabalí, esto es, cuando lo tengan al alcance de sus dientes, ó mordiéndole.

Para montar de día, en que todo es ruido y animación, unos y otros son buenos y bonitos, porque con sus alegres y continuos ladridos, que hacen retemblar el monte, tienen alerta al cazador é imprimen á las cacerías el estrépito y ruidosa animación que le son propias; pero en las rondas en que el silencio es lo que mata la caza, resulta grave mal y perjuicio notorio usar perros de las condiciones de los que se han indicado.